

Las conductas psicopáticas, a las que Átopos dedica este número, se están convirtiendo para los sistemas sanitario, judicial y penitenciario en una auténtica pesadilla de difícil remedio. Su incremento en las sociedades desarrolladas se achaca a la pérdida de valores del mundo occidental y a la incompetencia en la crianza, con el telón de fondo de la vulnerabilidad genética. En la psiquiatría de hoy, se considera forman parte de los comportamientos de los trastornos de la personalidad, particularmente en los llamados trastornos antisociales o disociales, las llamadas psicopatías por los autores clásicos. Conductas y trastornos que se asocian frecuentemente con otras patologías de nuestra época: los trastornos de la conducta alimentaria y las adicciones. Son comportamientos de riesgo: la ratio de mortalidad por causas no naturales del trastorno psicopático es cerca de 5 veces superior a la población general. En sus casos más extremos, o menos afortunados, son huéspedes permanentes de las urgencias hospitalarias, las plantas de psiquiatría, las comisarías y las cárceles, suponiendo un reto tanto para la psiquiatría como para el derecho, que con frecuencia, en la impotencia, se arrojan el caso mutuamente, mientras la sociedad busca en la herencia la falla degenerativa que la salve de su responsabilidad y en la psiquiatría la solución médica al problema. En los casos más afortunados (para ellos, casi nunca para la sociedad), de los que nos habla Carlos Mirapeix en su artículo, los psicópatas "sanos", podemos encontrarlos en el ejército, en la política, en los negocios; tienen una coartada ideológica, según el juez Jesús Fernández Entralgo (*Qué son las conductas psicopáticas*). La psiquiatría no acierta a encuadrarlos en sus clasificacio-

nes, pero como dice Fernando Colina (*Qué son las conductas psicopáticas*), tiene que haber un saco disponible donde desplazar todo lo que no encaja o, como sucede a menudo, lo que no queremos tratar. Por ello es cada vez más frecuente que cualquier persona que pase por la urgencia hospitalaria y tenga la suerte o desgracia de ser atendido por un psiquiatra tiene un altísimo riesgo de salir de allí con un informe en el que se le adjudique el diagnóstico de trastorno de personalidad (*Los trastornos de la personalidad: una experiencia entre el nihilismo...*, Ana González y Cari Avedillo). Queda sin resolver el problema psicopatológico de fondo, qué son, por qué son (Carrasco); un debate sobre su imputabilidad, la responsabilidad o no de sus actos (Tiburcio Angosto, Ramón Alberca), que Rafael Huertas rastrea en la historia (*Locos, criminales y psiquiatras*); unos incuestionables factores sociales, educativos, morales (Guillermo Rendueles) y una tarea pendiente, encontrar la forma de prevenirlos y de tratarlos (Ana Moreno, Ana Moro), sin psiquiatrizar toda conducta psicopática pero tampoco eludiendo tratar a los psicópatas cuando lo precisan (Manuel Desviat). Para vencer el rechazo que tantas veces nos produce a sanitarios, jueces, funcionarios de prisiones y ciudadanos en general, deberíamos tener en cuenta las palabras del juez Jesús Fernández Entralgo contestando a las preguntas que le formuló la Redacción de Átopos para este número de la revista: "Si fuésemos sinceros, admitiríamos que todos tenemos algo de psicópatas. Asumimos, por supuesto, las normas del contrato social en la medida en que nos benefician; pero estamos mayormente dispuestos a quebrantarlas si la presión del principio del máximo placer propio no

se ve amenazado por la imposición de un castigo (*displacer*) marginalmente superior al beneficio experimentado por la ruptura de la regla." Y se apresura a advertir que lo que acaba de decir constituye la base de la doctrina neoliberal del *Análisis Económico del Derecho* aplicado a las Ciencias de la Conducta. Por otra parte, en este incremento de la prevalencia de las conductas psicopáticas (*Epidemiología de los trastornos de la personalidad*, Carlos González), no podemos olvidar "la cultura de la violencia" en la que vivimos, el legado de violencia con dimensiones nunca vistas en la historia de la Humanidad que nos deja el siglo XX, en palabras de Nelson Mandela (*Prólogo al Informe sobre la violencia y la sa-*

*lud mental en el mundo*). Nos lo confirman las otras miradas que se incluyen en las Páginas Centrales de este número de *Átopos* (Carver, Schiele, Otero, Fromm, el cine, y en especial los demoledores fragmentos de las cartas de Ulrike Meinhof, la periodista y guerrillera urbana de la RAF (*Rote Armee Fraktion*) que tras su muerte en dudosas circunstancias en una cárcel alemana de alta seguridad, le fue extraído el cerebro para que algunos investigadores, entre ellos el psiquiatra de la Universidad de Magdeburgo, Bernhard Bogerts, pudieran estudiarlo. El Estado alemán quería conocer cómo era el cerebro de una, para ellos, terrorista (notas de Eloisa Otero y poema de Méndez Ferrín).



*Tragedia*, de Gustav Klimt, 1897-1898